

vertirse en Oxford-Street, verdadero bulvar sobre el cual nos mecíamos.

La parte central de la calzada forma un espacio negro orillado por dos hileras de luces de gas que despiden un resplandor amarillo, casi dorado; pero aquella cinta oscura se veía singularmente reducida por dos franjas plateadas muy brillantes. ¿De dónde procedía tan mágico efecto? De la luz de las tiendas que se reflejaba vivamente en el empedrado húmedo; y lo que aumentaba mucho más el asombro inspirado por aquel extraño espectáculo era el movimiento de las sombras proyectadas por los transeuntes y por los carruajes, visibles aún cuando no se ha pasado de los 400 á 500 metros de altura.

Eran las 6 y 50 minutos cuando nos hallábamos sobre Marble-Arch: media hora llevábamos de viaje y habíamos recorrido cuatro leguas. La velocidad de la brisa no pasaba de siete á ocho leguas por hora. En breve llegamos á Edgware-Road, dejándolo á nuestra izquierda. A los seis ó siete minutos salíamos de los arrabales de Londres, y ya en plena campiña, avanzábamos hácia Uxbridge.

Jamás he visto un contraste más completo. Entonces no divisábamos un solo objeto; ningún rumor llegaba á nuestros oídos. El mugido de Londres había desaparecido del mismo modo que se extingue el rumor de

las olas al alejarse de la playa. Ya no brillaba la luna con tanta fuerza, y la tierra estaba sombría, negruzca, como si la luz refleja no tuviese fuerza para llegar hasta nosotros. Sin embargo, aquella oscuridad no debía durar perpétuamente. La luna se sintió herida en su amor propio, redobló su claridad, y pudimos ver de nuevo los bosques y los prados, así como la sombra del globo que se destacaba y nos seguía, semejante á un descomunal fantasma que nos fuese persiguiendo. Como podíamos ver la estrella polar y la luna, seguíamos todos los detalles de nuestra carrera. De vez en cuando pasaban por debajo de nuestra navicilla masas de luz que indicaban las lejanas ciudades y aldeas.

Salimos del condado de Middlesex para atravesar una parte del de Buckingham y del de Berks, y llegamos al de Oxford, donde descendimos precipitadamente á las 8 y 20 minutos, dos horas después de nuestra partida. A pesar de mis observaciones, mi compañero M. Orton se empeñó en que estábamos á orillas del mar, y abrió enteramente la válvula, de suerte que caímos más bien que descendimos en una granja. Estábamos en plena campiña; el mar no existía sino en la imaginación de mi compañero, y no solo interrumpimos bruscamente y sin motivo una ascensión magnífica, sino que se rompieron todos mis instrumentos.

CAPÍTULO XIV

LAS ALTAS REGIONES

Nuestro globo se cierne en medio de una vasta esfera hueca, cuya parte inferior está cortada por un plano horizontal. Esta sección la forma una especie de tierra aparente, ó mejor dicho, un vasto continente sin intervalos, sin intersticios, que nos separa enteramente de la verdadera tierra y nos oculta la superficie habitada por los hombres. No se ven nubes aisladas que revoloteen unas en pos de otras. Hémos, pues, cual verdaderos habitantes del cielo, separados de la tierra por un valladar de nubes de un color gris oscuro que nos parecen imposibles de atravesar. Nos vemos libres de todas las aprensiones que pudiéramos tener cuando aun estábamos adheridos á la tierra, á ese duro escollo contra el cual se han estrellado tantos arrogantes globos. Tenemos motivo para suponer que las leyes de la gravedad están en suspenso, y que en el mundo superior, al que pertenecemos, reinan la calma y la paz.

El movable tapiz que nos separa de las miserias humanas es tan suave y delicado que cederá blandamente á nuestro peso. Parece una engañadora sirena que nos atrae. ¿Por qué no habremos de precipitarnos en uno de sus risueños valles? ¡Pronto halláremos en él, á no dudarlo, un reposo eterno!

Sobre nuestras cabezas se eleva una magnífica techumbre, una inmensa cúpula, verdadera mansión de maravillas; las nubes

que pasan no tienen al parecer otra misión sino la de ensanchar los límites de ese olimpo: á no ser por ellas, nuestros ojos no podrían sondear el espacio infinito.

Por la parte de oriente brillan las lejanas tintas de un arco iris próximo á disiparse, y que apenas proyecta un fulgor dudoso sobre el sombrío azul de los cielos. Por la de occidente, el Sol orla con plateadas franjas las orillas de las nubes, tejidas con la lana del carnero celeste, de vellón luminoso y dorados cuernos.

Debajo de esos ténues vapores, elevase una cordillera que llamaremos Alpes del cielo y que se levantan unos sobre otros, alejándose por grados de las anchurosas llanuras de esa región divina habitada sin duda por los géneos del aire, los silfos y los trasgos. Acumúlanse montañas sobre montañas, hasta que los últimos picos se coloran con los postreros reflejos del Sol poniente.

Algunas de esas masas compactas parecen asoladas por las avalanchas ó hendidas por la marcha irresistible de los glaciares. Aquel nublado impalpable parece adquirir la dureza del cuarzo y tal vez la del diamante: algunas de las nubes que lo forman se asemejan á descomunales conos que se lanzan audazmente hácia el infinito, y otras á pirámides cuyas caras apenas están formadas.

El espectáculo de tan grandiosa naturaleza no infunde admiración, sino más bien terror, pues el silencio que reina por doquiera abruma la razón humana y se opone á que pierda de vista su pequeñez en presencia de lo infinito. Hasta el mismo globo se desliza silencioso como si temiera interrumpir semejante recogimiento. Los tripu-

lantes de la navicilla no se atreven á comunicarse sus pensamientos sino en voz baja; temen, sin duda, que algún genio desconocido llegue á sorprender sus confidencias terrestres. Cada movimiento arranca gemidos á las cuerdas, y repercute con doble eco en el interior del globo.

Esa naturaleza celestial, austera y terri-

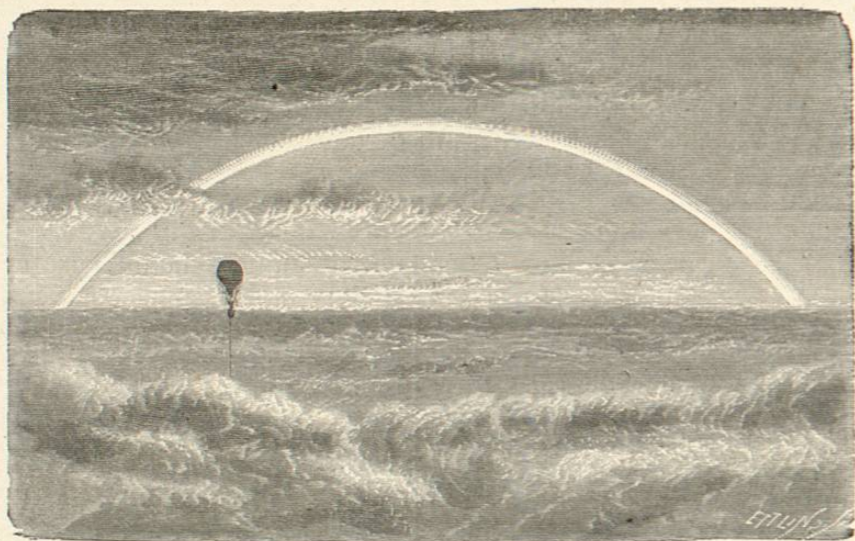


Fig. 51.—ARCO-ÍRIS VISTO DESDE UN GLOBO

ble, nos atrae como nos atraería el abismo abierto á nuestros piés si llegara á hundirse el frágil pavimento que de él nos separa. En aquellas apartadas esferas se padece el vértigo de lo infinito, y el aeronauta vagaría perpétuamente errante por aquellas llanuras sin fin. Pero el Sol que platea aun las cimas de las más elevadas montañas celestes empieza á declinar, y es fuerza separarse de la región de los ensueños para acercarse á la tierra: harto tiempo ha durado nuestra rebelión contra la gravedad, y es preciso ya prestar obediencia á sus leyes.

Las cumbres se acercan á la simple vista; ya penetramos en profundos valles: la tierra de los espíritus se entreabre; parece que va á devorarnos; pero montañas, valles, glaciares, todo huye como ligera sombra, y vemos aparecer de nuevo nuestra terrestre patria. Al poco rato, mil luminarias atraviesan el aire; mil puntos rojizos se encienden. No queda más remedio que empezar

los vaivenes del descenso, y echar el áncora que no tardará en fijarse con tenacidad en el suelo.

El azul del firmamento se ostenta más vivo, más despejado, cuantas veces se vé libre de nubes el horizonte. Ese hermoso color aparece más puro, á medida que el globo llega á regiones más elevadas. Mas, para encontrar tintas que merezcan compararse en realidad al cielo de las regiones tropicales, no basta subir algunas millas; esos colores no se dejan ver del aeronauta que se contenta con mirar el firmamento á través de los claros que dejan las masas flotantes, incoherentes, aisladas, de que he hablado tantas veces. Jamás nadan los cúmulus en un aire seco, y en los intersticios que dejan entre sí, la bóveda celeste aparece velada de innumerables vapores, que sin manifestarse por una coloración blanca, atenúan la tinta azul que irradia el firmamento.

¿Cómo explicarse esta coloración? ¿Es acaso, según supone el profesor Clausius, una reflexión sobre el agua tan sumamente tenue que constituye las nubes? Difícil se hace creerlo, puesto que cuanto más me he remontado, y por consiguiente, más enrarecido está el vapor de agua, más oscuro he visto ese azul.

Aun en pleno día, las nubes de las altas regiones no se parecen á las que se ven desde la superficie de la tierra. Cuanto más altas, menos sombrías son, pero al propio tiempo adquieren formas más delineadas, más completas, y el globo llega á verse reflejado en su superficie con una limpieza sorprendente y de un modo inesperado.

El reflejo de las nubes no se parece al que ofrecen las aguas de la tierra. Algunas veces parece que las mismas nubes se reflejan en otras menos elevadas, pues casi siempre hay masas de vapores semi-luminosos, que la vista no puede contemplar sin fatiga, y que se elevan sobre el nivel común de los campos inmediatos: parecen montañas de oro apiladas unas sobre otras. Prolongados rosarios de cirrus coronan á su modo tan fantásticos edificios, flotando esas extrañas nubes en el océano luminoso á tal altura que el globo no parece haberse acercado siquiera á ellas.

Es mucho más cuerdo pensar que el tinte azul lo forma la luz al reflejarse en la masa del mismo océano aéreo. El aire posee un color propio tanto más vivo cuanto más por completo ha desaparecido el velo de vapores. Una de las teorías recientes de Brewster ha confirmado esta opinión.

Para apreciar toda la belleza de un cielo cubierto de cúmulus y de cirrus, es preciso dar un paseo aéreo en una mañana de otoño, en que la atmósfera está aun cargada de vapores nocturnos. Tan solo una vez he visto salir el Sol durante uno de mis viajes aéreos; era á últimos de agosto, é infinitos vapores que surgían de todas partes daban al paisaje celeste un aspecto fantástico.

¡Qué espectáculo ofrecen esas tibias hu-

mareadas exhaladas de la tierra antes que el Sol dore las primeras cimas del oriente! Durante los primeros minutos, nuestra navicilla bogaba por un aire denso, verdadera neblina que parecía disiparse á su pesar. Necesitamos un cuarto de hora para salir de aquellas brumas que nos acompañaron hasta la altura de 5,000 piés. Mientras estuvimos sumergidos en ellas, todo era informe en torno nuestro, en todos los azimuts, excepto hácia oriente, donde se divisaba una ligera franja de plata: por allí iba á aparecer el Sol.

Nuestras miradas se dirigieron involuntariamente hácia la luz futura, cuya llegada presentíamos merced á un reflejo casi ahogado. Aunque lo esperábamos, estábamos muy lejos de adivinar lo esplendente del cuadro que íbamos á presenciar, cuando nuestra navicilla se halló en medio del Sol, cuya luz lanzó una avalancha de rayos. Los ortos de dicho astro visibles en la tierra no pueden darnos una idea de semejante espectáculo. Habíanse acumulado los elementos de magnitud en torno de la navicilla, que parecía transformada en un carro encantado parecido al de la reina Mab. Ora encima, ora debajo del nivel en que flotábamos, veíamos erguirse picos semejantes á los del mar polar, y tan pronto divisábamos vastas llanuras en que la nieve había sido reemplazada por una capa de luz, y que descendían lentamente hácia la base, como las inmensas pendientes abruptas traían á la memoria los espantosos precipicios abiertos en los flancos del monte Cervino. De estos montes cubiertos de rayos solidificados, de nieve sedosa y perlada, salían nubes inciertas del camino que debían seguir, y hasta de la forma que debían adoptar. Todas las tintas de la banda de Iris se reflejaban sucesivamente en aquellas nubes inmóviles, viviente kaleidoscopio de elevadas regiones, que se espesaban progresivamente hasta que el Sol, aniquilado por los esfuerzos que había hecho su luz para iluminar aquellos fantásticos vapores, parecía ahu-

yentado para siempre. Una tinta neutra, sombría, indefinible, se extendía por todo el paisaje divino. La tierra apareció de nuevo al través de las hendiduras, de los claros, de los desgarros repentinos. Aquellos glaciares volantes, que parecían inalterables, se entreabrieron, apareciendo la superficie de Inglaterra como una serie de manchas oscuras sobre un fondo plateado, porque la luz de la aurora se acumulaba en ella cual fosforescente rocío; el fulgor del día aumentaba progresivamente, las nubes adquirían formas más contorneadas, avivábanse las sombras, y aquellos vapores indecisos que llenaban el espacio aparecían cortados por líneas negruzcas que se asemejaban á profundos barrancos.

Ostentóse el Sol de nuevo en la extremidad de un inmenso valle, inundando entonces la atmósfera con un verdadero torrente de luz irresistible. Las montañas de nubes parecían vencidas; desaparecían, hundíanse lejos de nosotros, y á medida que nos elevábamos, las veíamos resplandecer con el brillo del oro. Algunas audaces nubecillas, empujadas por una insolente brisa, venían á ocultarnos aquel esplendente océano de luz, proyectando su sombra en aquellos lagos y en aquellas montañas, y añadiendo el atractivo de su contraste á las brillantes tintas que estábamos admirando.

Al tender la vista por el sudeste, divisamos en lontananza la luna, tranquila, pálida y fría, suspendida por encima de algunos remotos picos. Era en verdad la desposada de Endimion, envuelta en un océano de encaje, pluma y seda!

Nos remontamos á tres millas y media de altura, y en derredor nuestro reinaba un frío rigoroso. Nuestro globo había subido cargado de matinal rocío, y el aro estaba rodeado de una franja de témpanos semejantes á perlas, á través de los cuales se reflejaban mil luminosos destellos. Claros y penetrantes sonidos parecían desgarrar el aire húmedo que producía un eco estridente.

Al paso que teníamos á nuestros pies densos estratus, sobre nuestras cabezas flotaban lijeros cirrus. La superficie de la tierra húmeda y fría no recibía un solo rayo de ese Sol que ocultaban todas aquellas nubes sobrepuestas. Por poco que aumentaran en volúmen aquellos cúmulus, los vapores enfriados se convertirían en lluvias glaciales que afortunadamente disiparía el sol de agosto, tan luego como, más inmediato al zénit, dominara el horizonte. No me cansaré de hacer notar la diferencia que existe entre los paisajes celestes y los efectos de las nubes que se ven sin separarse de la superficie de la tierra. Por magníficos que sean los ortos y ocasos de Sol, no llegan á dar una idea de lo que es el aspecto de las altas regiones.

¿Se puede prescindir del estudio de la disposición de los vapores del aire para profundizar las leyes de la formación de las nubes? Y si se ignoran estas leyes, ¿cómo será posible tener una idea de la distribución del vapor de agua en el aire? Sin conocer la ley de estas mezclas y la influencia de la temperatura, ¿cómo se querrá hacer de la meteorología una ciencia de observación?

No hay nadie que se manifieste insensible al encanto de los ortos y ocasos del Sol, tan frecuentemente cantados por los poetas. La persona menos impresionable queda absorbida ante esa armoniosa distribución de la luz que algunas veces viene á distraernos de nuestras ocupaciones cotidianas, que nos obliga, á pesar nuestro, á reconcentrarnos en nosotros mismos, á aislarnos. Y siendo esto así, ¿habrá dificultad en comprender cuál sea la entusiasta admiración del aeronauta al contemplar la aparición de esas montañas de luz? ¿Hay placer más grande, más poético, que el de atravesar esas masas, verlas flotar á nuestras plantas, dominar las ondulaciones de su deslumbradora superficie y penetrar hasta las regiones límpidas, diáfanas, de azulados matices? Todo está muerto, inanimado, menos los

náutas aéreos. Esos inusitados esplendores brillarian desconocidos, inútiles, sin que nadie los comprendiera, si algunos aeronautas no vagaran casualmente por esas sublimes regiones. Esta es una idea que me inquieta, y me causa mucho más asombro que el ver al Sol elevándose lentamente por encima de las nubes, dominando los vapores que cubren el horizonte.

Siempre recordaré con emoción la ascensión del 9 de octubre de 1863. En el momento en que el globo pasaba por encima de London-Bridge, estábamos á 7,000 pies sobre el Támesis. Nos hallábamos á una altura relativamente corta, que nos permitía apreciar los detalles del espectáculo que á nuestros ojos se ofrecía, abarcando nuestras miradas todas las viviendas de tres millones de seres humanos, casi la población de Inglaterra en tiempo de la reina Isabel. No solo abarcábamos de un solo golpe de vista aquella masa enorme de casas, sino que también divisábamos en lontananza los arbales con sus prolongadas hileras de quintas, escondidas entre las malezas. Cuanto más se acercaban al horizonte nuestras miradas, más pequeños parecían los campos, sin que por eso dejáramos de ver claramente separados los sembrados, como si fuesen las alamedas de un imperceptible jardín.

Por el lado de Kent, el círculo del horizonte aparecía algún tanto deformado á causa de aglomerarse en él las nubes. Por las demás partes, la bóveda celeste estaba rodeada de un abultado y blanquizco ceñidor de cúmulus y estratus sobrepuestos. Una humareda lijera y azulada se elevaba por toda la parte de la metrópoli situada al norte del Támesis. Los vapores que salían de la parte meridional eran más espesos y parecían remontarse menos. Los de Borough, Lambet, y Rotherhute estaban indudablemente mezclados con una niebla que salía de tierra, y cuyos límites se veían perfectamente marcados por una línea inclinada. Esta línea aérea indicaba las ondulaciones

ocultas del terreno de aluvion, de las arenas en las cuales se han construido todos los barrios inmediatos al Támesis. Allí es donde el sub-suelo impermeable encuentra la inaccesible línea de arcilla plástica en que deben detenerse las filtraciones.

¡Estudiábamos geología sin advertirlo! Nuestros ojos adquirían en cierto modo, al separarse de tierra, la facultad de penetrar intelectualmente en las profundidades del suelo, y de comprender la causa de los fenómenos que allí debajo ocurren. Toda la escena se desarrolla en el interior de una azulada bóveda, á donde esos vapores, esas humaredas no tienen, según parece, la facultad de elevarse, y donde nuestro globo se mueve libremente. Por ninguna parte veía asomar nubes, excepto por el horizonte que ocupaba el cinturón de nubes blanquizcas, esplendoroso reborde, mágico marco de que ya he hablado y que cada vez presentaba mayor regularidad. De pronto el Sol se ocultó tras una nube sombría que no vi cómo se formó, pero que no era bastante densa para robarnos enteramente su brillo. Parecía un ojo inmenso admirando aquel sorprendente cuadro: era imposible no representarse al Creador recreándose en su obra y estudiando su propia grandeza en las creaciones eternamente salidas de sus manos.

Cuando volví á tierra, supe que el Sol había desaparecido efectivamente tras un espeso estratus, pero que la tarde había sido magnífica, sin que nada turbara la transparencia del aire, y que las sombras se habían proyectado en todas partes con precisión y limpieza, sin alteraciones ni nebulosidades, como sucede en los días brumosos. Mas los habitantes de la tierra no habían podido ver cómo se avivaban aquellas doradas tintas á medida que el globo penetraba en más elevadas regiones. Quizás todo se hubiera vuelto oro y azul si hubiésemos subido más. Nunca me habría figurado ver aquella armoniosa disposición de las tintas, distribuidas, por decirlo así, circularmente en

torno del Sol, su centro radiante; al alejarse, el color de aquellos reflejos metálicos se debilitaba. Sin embargo, á 50° del Sol se veía nacer una nubecilla sonrosada, en la cual Cintia habria descansado blandamente.

He contemplado á Lóndres durante la noche: lo he atravesado de dia á cuatro millas de altura; he admirado con bastante frecuencia los esplendores del firmamento; pero jamás he visto nada que excediera á aquel maravilloso espectáculo. El mugido de Lóndres es un sonido rico, profundo, inteligente; parece la voz del trabajo creador que sube hasta el Eterno, y que implora el perdón de nuestros pecados, de nuestros errores, de nuestras herejías! Aquí abajo el pensamiento se agita, y el océano de las pasiones humanas brama á nuestros piés.

Un viajero acostumbrado á lejanas excursiones habria apreciado efectos que á mí se me han escapado. ¡Cuánto siento no poder trasladar al lienzo las escenas en medio de las cuales me he encontrado! ¿Qué valen mis notas, mis impresiones de físico, mis barómetros, para dar una idea de esa naturaleza sobrehumana digna de la lira de un Byron ó de un Milton? ¡Satanás debió encontrar en su camino paisajes análogos, cuando Uriel le abrió las puertas de lo infinito y pudo lanzarse en busca de las esferas habitadas por Adam!

Tal vez no esté muy lejano el tiempo en que los Cláudio de Lorena y los Druner emprendan expediciones semejantes á las mías: entonces comprenderán fácilmente que la region de las nubes no puede verse desde la tierra, lo mismo que el Monte Blanco no se comprende desde Chamounix. Por ricos, por inagotables que sean los paisajes de la tierra, no valen nada en comparacion de los que se admiran en las fronteras de la inmensidad, allí donde nuestra baja esfera no aparece sino como un objeto lejano, á pesar de estar tan poco apartados de ella.

El color que brilla en las nubes mas ligeras ha tenido siempre para mí una armonía particular que no se advierte en las salidas

y puestas de Sol á que estamos acostumbrados. Con efecto, allá arriba, las nubes mismas parecen impregnadas del azul que reina en las altas regiones, cuando están teñidas de una tinta neutra. Sumergidas en un centro mas transparente que el aire inferior, son sensibles á los reflejos de las auroras y de los crepúsculos lejanos. Los matices á que no daría paso la atmósfera terrestre, se difunden á lo léjos en esas zonas translúcidas, donde el aire seco, enrarecido y fluido, deja pasar libremente los rayos mas delicados y sutiles.

Una extension ó campo de nubes superiores no necesita que lo coloren directamente los rayos del Sol para ostentar una gama de colores variados. El blanco ya no es uniforme, sino que aparece esmaltado de reflejos análogos á los de un tercer arco iris, tan graciosos, tan fugaces, que no se les puede mirar mucho tiempo por miedo de que se disipen.

Como se vé por lo que precede, no soy de los que vacilan en reconocer que un viaje aéreo habla tanto á la inteligencia como á la imaginacion. Sin embargo, no puede menos de confesarse que los primeros aeronautas han cometido la falta de exagerar la importancia de las nuevas facultades de que nos hallamos dotados el dia en que por primera vez quedaron abiertas á nuestra audacia, á nuestro genio, las llanuras infinitas del aire. ¿Pero son dignos de censura por no haber comprendido que trascurriria probablemente un siglo entero sin que se encontrara el medio de utilizar una facultad fatalmente limitada por una rara multitud de restricciones?

Creo haber demostrado en las páginas precedentes que la astronomía, el magnetismo, la meteorología, pueden esperar un útil auxilio de las investigaciones aéreas tan á propósito para escitar el valor de los experimentadores. Si bien es verdad que se exponen á algunos accidentes, tienen en cambio la seguridad de que la causa por que se sacrifican es digna de sus esfuerzos.

Al escudriñar los desiertos del aire, no obedecen á una vana y ridícula temeridad, y aun se puede añadir que tienen presente, por mas que sea de una manera indirecta, el bien de sus semejantes, objeto de toda investigacion científica seria, pues no existe progreso astronómico que no haya redundado en beneficio de la navegacion. La meteorología le serviria asimismo de poderoso auxiliar, y la agricultura reportaria grandes utilidades de las leyes reales y positivas para la prevision del tiempo. A los que se burlan de las investigaciones científicas practicadas en globo, les responderemos que no nos será posible conocer la verdadera esencia de los movimientos celestes mientras no estemos perfectamente enterados de las desviaciones que sufre la luz al atravesar el océano aéreo, y que no es posible determinar dichas leyes, cuando se desconoce la naturaleza y disposicion de ese centro trasparente. Recordemos que las cifras insertas en el *Conocimiento de los Tiempos* salvan cada año la vida á millares de seres humanos, y que al perfeccionar la teoria de los movimientos celestes, se disminuirian los siniestros marítimos en una gran proporcion.

Parece sin duda muy extraño que se hayan hecho tan pocos progresos en el arte aeronáutico, despues de haberse verificado miles de ascensiones, y esta circunstancia es la objeccion mas grave que se opone á todas las razones que acabo de dar. Sin embargo, seria injusto olvidar que esto consis-

te en que todos se han atenido á los medios adoptados por los primeros experimentadores. Si no se han hecho progresos en el arte de la navegacion aérea, se debe á que desde la invencion de los globos todos los aeronautas se han contentado con vaciarlos por medio de una válvula y aligerarlos arrojando arena. Hay que agregar á esto que la mayor parte de los que han efectuado esos millares de viajes no tenían la instruccion suficiente para observar un termómetro y un barómetro, siendo muy reducido el número de las ascensiones en que se han hecho estas observaciones rudimentarias de un modo formal.

Apesar de todas estas objeciones, de todos estos obstáculos, contentémonos con ver en el globo un instrumento que nos permite el movimiento en la vertical. Esforcémonos en utilizarlo para penetrar hasta los límites de la atmósfera en que nos ha encerrado la naturaleza. Elevémonos sobre las nubes para estudiar las armonías de la naturaleza, tan encantadoras, tan poéticas, que allí se ostentan. Procuremos oír esos acentos divinos con que las esferas celestes llenan, segun Kepler, las playas infinitas del océano etéreo.

Para terminar diremos que esos globos, tan desdeñados, tan despreciados, tan mal servidos, han extendido el dominio de la humanidad laboriosa é inteligente, y que cuantos se sientan animados por el deseo de explorar los cielos deben contar forzosamente con ellos.